

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



LA FUGITIVA

POR

N.º 91

Clara Bow

30 cts.

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Cortes, 719. - Barcelona

Año II

N.º 91

La Fugitiva

Asunto dramático dirigido por

WILLIAM DE MILLE

e interpretado por

CLARA BOW y WARNER BAXTER, entre otros



Producción PARAMOUNT

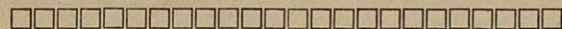
Distribuida por

Seleccine, S. A.

ESTADOS UNIDOS
ESTADOS UNIDOS
ESTADOS UNIDOS
ESTADOS UNIDOS
ESTADOS UNIDOS
ESTADOS UNIDOS

Prohibida la reproducción.
Revisado
por la censura gubernativa.

J. HORTA, Impresor. - Cortes, 719. - Barcelona



La Fugitiva

Argumento de la película



En uno de los más bellos parques de Virginia, los operadores cinematográficos impresionaban una escena de amor. Tratábase de una película de los tiempos heroicos, cuando el brillo del acero relampagueaba por los ojos de una mujer hermosa.

Cynthia, una muchachita que comenzaba a triunfar en el difícil arte mudo, era la protagonista de la comedia. Pero el "metteur-en-scène" parecía estar poco satisfecho de la artista.

—Esto va cada vez peor, Cynthia. Si no procura poner más cuidado, más vibración, perderemos el tiempo...

—Yo hago todo lo que puedo...

—No, señora. Podría usted mucho más... Es que está distraída con otras cosas.

—Ya no sé qué hacer para que le agrade mi trabajo — añadió la joven, agobiada.

—Muy sencillo. Le daremos el papel a otra. Verá usted qué fácil resulta eso...

Y llamando a una de las futuras "estrellas" que querían brillar en el firmamento cinematográfico, el director le confió el "rôle" principal...

Cynthia, malhumorada, casi llorando, retiróse a un rincón. ¿Por qué la querían tan mal en aquella casa?... ¡Ah! ¡Las envidias!

Una voz amiga, una voz de grato sonido varonil, trató de calmar su desconsuelo. Tratóbase de Jack Harrison, un elegante joven de la aristocracia neoyorquina, que había venido a Virginia, no porque le gustasen los paisajes y las bellezas de esta ciudad, sino porque sentía un caprichito por la frágil Cynthia, una muchacha con la que tenía un "flirt" sin consecuencias.

—¿Por qué lloras, Cynthia? ¿Qué te han hecho esos endemoniados películeros?

—Poca cosa. ¡Echarme! No encuentran apropiado mi arte.

—¡Qué estúpidos!

—Y ahora han dado el primer puesto a una tonta sin pizca de gracia. Y todo por tu culpa. ¡Sí!

—¿Cómo?... ¿Me quieres explicar eso?

—Tú tienes influencia con todos los directores de películas. Si tú quisieras, les hablarías a todos ellos y me encumbrarían... ¿Por qué no pides que me hagan "estrella"?

—Aquí no se puede hablar... Temo que nos esuchen. Cuando termine tu labor, ven a verme al hotel.

Y Harrison abandonó el parque, canturreando alegramente una canción de moda. Era rico y feliz. Le preocupaban poco las pequeñas cosas de su amiga.

Pero Cynthia hallábase, en cambio, sumamente

preocupada. No quería continuar recibiendo humillaciones. Para esto estaba mejor en su taller de la ciudad, en una labor humilde, pero fija. Ella se conceptuaba una perfecta artista y no toleraba que los "metteurs-en-scène", le corrigiesen continuamente los defectos propios de todo principiante. ¡Si Jack quisiera! ¡Si su novio la ayudara con sus influyentes amistades, pronto llegaría a lo más alto!

Apesas terminó el trabajo del día, Cynthia visitó a Jack en el gran hotel, enclavado en la mejor calle de Virginia.

—Es necesario, Jack. Tú no sabes lo que yo he de padecer con toda esa gente. Quiero que me hagan pronto "estrella".

—No corras. Tú mereces ser "estrella" y mucho más, pero a su tiempo. Yo no puedo ahora colocarte en la cumbre. Eres tú quien debe conquistar la fama.

—¡Qué desengaño! ¡Y yo que me había confiado a ti! Comprendo tu juego... Prefieres que fracase y así ayudarme entonces, cuando me veas en la miseria, e imponer tu fuerza de señor.

—No disparates, Cynthia! Tú sabes bien que yo te quiero.

—Pues si es así — dijo ella, acariciándole con el hálito de su perfume —, ¿por qué no nos unimos para siempre? ¡Casémonos!

Una sonrisa fría contrajo el rostro de Jack.

—Hija mía, te quiero demasiado para casarme contigo... No serías feliz... En cambio, libremente, te adoraré cuanto quieras.

—No hables de este modo. Me haces daño...

—Dame un beso, Cynthia.

Quiso acercar sus labios a los de ella, pero fué rechazado con repugnancia.

—¡No me toques! ¡Si me besas, te mataré!



—No corras. Tú mereces ser “estrella” y mucho más, pero a su tiempo.

—Me odias, porque te hablo claro, ¿verdad?... pero me quieres tanto como yo.

Esta vez fueron sus brazos los que la oprimieron, abarcando el cuerpo fino, breve y lúgido de la artista. Parecía apoderarse de él el frenesí de una pasión desbordante. Pero Cynthia, manteniendo intacta la pureza virginal de su corazón, desprendió-

se de Jack con una expresión sombría y trágica en la mirada.

—No, no; déjame salir... apártate...

—Tengo la llave en mi poder. Nada puede salvarte... Hoy quiero saborear el olor de tus labios.



—Tengo la llave en mi poder. Nada puede salvarte...

Cynthia, apurada, pareció buscar un medio de defensa, algo para huir del liviano aristócrata. La ventana estaba abierta. Quiso gritar, pedir socorro... Pero en el mismo momento, escuchó un golpe seco, como si rasgaran la atmósfera, y vió que el rostro de Jack se contraía con una mueca de infinito dolor.

—¡Jack!, ¿qué tienes?...

El joven puso la mano en su pecho y la retiró empapada en sangre. Sus ojos adquirieron un halo vidrioso. Y con voz entrecortada, fatigada, surgió de un cuerpo mal herido, murmuró:

—Has disparado contra mí... pero me vengaré.

—¡No, Jack! ¡No me has visto? ¡Yo no tengo armas!

El cuerpo de Harrison se dobló, y cayó al suelo, sin exhalar otra queja. Parecía muerto. Una palidez amarillenta afilaba sus facciones con un aspecto fúnebre.

Cynthia, horrorizada, quedó junto a su amigo, temblándole el cuerpo, como sacudido por el azogue.

El misterio era muy sencillo. Al otro lado de la calle, en la casa de enfrente, dos individuos examinaban un revólver. Y, de pronto, a uno de ellos se le disparó el arma, saliendo el tiro, rápido, hacia el exterior. Y la trayectoria de la bala había terminado en el cuerpo de Jack Harrison.

Los dos hombres quedaron un momento impávidos ante el disparo.

—¡Bah! — comentó uno—. Afortunadamente el balcón estaba abierto; de lo contrario, habría revenado.

No soñaban ni por asomo que el percance había tenido tan hondas consecuencias. Siguieron, como si tal cosa, en la observación de su revólver favorito.

Cynthia permaneció todavía algún tiempo ante el cuerpo de Jack. Estaba alelada. ¿Cómo había podido ocurrir aquello? Ella no llevaba ningún arma. Nada había hecho... Y, sin embargo, Jack estaba allí, muerto al parecer, con la camisa empapada en san-

gre. Quiso convencerse más y tocó la roja herida. Una sensación todavía caliente le hizo retirar rápidamente la mano. ¡Sangre! ¡Sangre!... No había duda. Jack estaba muerto. Pero ¿quién era el agresor?

La mano de Jack sostenía los guantes de la joven, arrebatados durante la lucha. Pensosamente, Cynthia los arrancó. También estaban sucios, rojos, con las rosas de la sangre. Los escondió en su monedero...

—¡Oh! ¡Quizá me acusen de haberle dado muerte!

Pensamientos sombríos comenzaron a agitar su pobre corazón inquieto. Se vió en el banquillo de los acusados; ante un Tribunal de severos jueces que la condenaban a la última pena. Y vió luego, con el ardor de su imaginación calenturienta, la horca y ella subiendo por la escalera fáctica. ¡No, no! ¡Era inocente! ¡¡Inocente!!

Quiso huir; un sentimiento de lucidez le decía que únicamente escapando, desapareciendo cuanto antes de la ciudad podía confiar en su salvación. Y con cautela abrió la puerta, después de haber dado una última mirada de dolor al joven, y descendió las escaleras del hotel, procurando no ser vista por nadie.

Era necesario revestirse de valor. En el "hall" había mucha concurrencia y ella pasó, con aparente tranquilidad, como la chiquilla más inocente y más feliz del mundo. En la puerta hallábase un policía. Tuvo que realizar verdaderos esfuerzos para ocultar su turbación. Sonrió al guardia para que le hiciera paso y salió, con una gracia sin par, dejando en el aire el perfume penetrante de sus vestidos. El agente lanzó un suspiro... ¡Vaya señora!...

Cynthia huyó, rápida, precipitadamente, hacia las afueras. Quería alejarse de la ciudad. El silencio de las montañas, fuera de la población, se ofrecía como asilo a la amedrentada fugitiva.

*
**

Anduvo varias horas, hasta que fatigada, rendida, rotos los pies por los duros guijarros del camino, se tumbó a descansar bajo la protectora sombra de unos árboles.

Una hora después acertó a pasar por allí Wade Murrell, jefe de una tribu de las montañas de Kentucky. Era un hombre joven, atlético, criado entre montañas, rudo y varonil, que amaba la vida libre de la Naturaleza. Se sorprendió y descendió del caballo al descubrir a Cynthia, vestida con un traje extemporáneo en aquellos contornos, y con un aire doloroso de cansancio.

Cynthia, al ver llegar al desconocido, guiada por su innato afán de coquetería, empolvóse prestamente el rostro, pasando luego la barrita roja por los labios.

—¿Qué hace usted aquí, señora?

Ella no se atrevió a confesar su "crimen". Se había extraviado.... Ignoraba completamente el camino. Huía de la ciudad, buscando un reposo en el campo. Si alguien tan bueno quisiera recogerla aquella

noche... Pero, no; lo mejor era continuar allí, en el bosque, al abrigo de todo peligro humano.

—No puedo dejarla a usted aquí, señora, expuesta a los azares de la noche. Yo regreso a casa a través



—No puedo dejarla a usted aquí, señora, expuesta a los azares de la noche.

de las montañas de Kentucky. Si quiere, la acompañaré al hogar de mi madre y allí veremos lo que debe hacerse. Me llamo Wade Murrell y nunca he dejado abandonada a una mujer.

Cynthia vió el cielo abierto ante el ofrecimiento de aquel hombre. Significaba la salvación, la distancia que la alejaba del lugar del crimen.

—Sí, sí — dijo repentinamente animada—. ¡De mil amores! ¡Qué bueno es usted para conmigo!

Sonrió con un aire pícaro que recordaba el desenfado y la ligereza de sus épocas de corista cinematográfica. Wade se puso en guardia ante la leve insinuación de la joven. Y brutalmente, con el carácter salvaje del hombre criado entre peñas, exclamó:

—Antes de llevármela a usted a casa debo hacerle una pregunta muy clara.

—Dígame.

—¿Es usted honrada?

La miró fijamente, procurando descubrir lo más recóndito de sus pensamientos. Ella se estremeció, dolorida por la interrogación.

—Si no lo fuera, no estaría aquí — contestó.

—Creo en usted. Suba en mi caballería... y a casa.

Guardando silencio, los dos emprendieron el camino hacia Kentucky. Wade se preguntaba qué clase de mujer era la que llevaba al hogar materno. Pero ¿cómo dejarla abandonada, expuesta al hambre y a la noche, en un lugar solitario?

—Este arroyo — dijo — es el límite que separa Virginia de Kentucky. ¿Ve?... Ya está usted en Kentucky ahora...

Le pareció a Cynthia que el peligro se alejaba por momentos. No podía hablar. Sentía el doble cansancio de la emoción y de la jornada.

—Tengo hambre — gimió.

—Espere usted un momento. Aquí cerquita hay un almacén... Le traeré algo para comer.

—Gracias... señor Wade.

El hombre desapareció, y rodeada de nuevo por la majestuosa soledad de la campiña al atardecer,

Cynthia sintió otra vez el estremecimiento del recuerdo.

—¡Jack, muerto! — repetía—. ¡Y me acusarán a mí! Y a esta hora quizás ya me estén persiguiendo.

De pronto recordó que guardaba en el monedero



Recordó que guardaba en el monedero los guantes manchados de sangre...

los guantes manchados de sangre, y los escondió tras un matorral. Toda ella temblaba de angustia como si realmente hubiera cometido el delito.

Regresó Wade con la comida y un vestido a la usanza campestre.

—Es para usted — dijo, serenamente—. Tendrá

que cambiar estos trapitos que lleva y presentarse lo más decentemente posible.

—¿Cómo se atreve? — contestó ella, sulfurada—. ¿Que vista yo eso? ¡De ningún modo!

—Nadie se lo ordena. Pero entonces, no habrá comida...

—Wade, sea usted indulgente conmigo — suplicó—. Tengo hambre, llevo horas y horas sin probar un bocado.

—Traigo la comida para usted, pero le exijo trueque ese vestido de ciudad, tan indecente, por el que acabo de entregarle.

—¡No! ¿Se imagina usted que soy una criada para mandarme?

—Entonces usted no continúa conmigo... Puede usted volverse a Virginia.

—¡No, no! — gimió la criatura en un sollozo—. Yo no vuelvo a Virginia por nada del mundo. Quiero que usted me proteja.

—En ese caso ya he dicho lo que tiene que hacer... —Bien... bien, aguarde...

Retiróse la coqueta, para cambiar la ropa, y a poco reapareció, con el vestido rústico, que imprimía a su figura un aire de caricatura. Aquella prenda de campo no armonizaba con sus medias de seda, sus zapatos de satén y su rostro sumamente pintado con todas las esencias y los colores del más rico tocador.

—¡Admirable! ¡Ahora comienza usted a gustarme más! — exclamó Murrell—. Tenga la comida.

Ella cogió los manjares, gustándolos con verdadera voluptuosidad, después de la forzada abstención. Y de este modo fueron ganando terreno lentamente, hasta llegar a unos veinte kilómetros de la casa de

los Murrell. Pero allí les sorprendió la noche, en pleno bosque, y tuvieron que refugiarse en una cabaña desierta.

Encendieron fuego en la lumbre. Cynthia sentía miedo, pero al propio tiempo la presencia de aquel hombre enérgico, que la dominaba, parecía inspirarle cierta tranquilidad.

Llevaban una media hora en silencio, en la cabaña, cuando Wade creyó oír pasos cercanos, y prestó atención. ¿Quién andaría por allí? Vigiló sigilosamente y al final lanzó un pequeño grito:

—¡Es Lesher Skidmore, mi enemigo mortal! Si nos encuentra aquí solos, dirá pestes de usted.

Ella tembló.

—Y ¿viene aquí?

—Así parece, pero no tenga cuidado. ¡Ah, el miserable! Si no fuera por usted, hoy le perseguiría como a un perro.

Los pasos fueron acercándose. Wade empuñó un revólver. Una palidez mortal cubrió a la artista.

—Apártese — le dijo—. Póngase usted junto al fuego. Nada ocurrirá.

Y Wade esperó, ante la puerta, la llegada de su enemigo. Se odiaban venenosamente, con la bárbara crueldad de los tiempos primitivos. Lesher continuaba molestando a Wade y éste quería acabar con eso.

Se abrió la puerta, apareciendo en el umbral una figura repulsiva y gruesa de hombre de las montañas.

—¡Manos arriba, Lesher! Si pensabas sorprenderme has errado el tiro — exclamó Wade.

El recién venido levantó los brazos. ¡No pensaba hallar allí a Wade! Este le quitó el revólver del cinto, y dijo:

—Si uno de nosotros no está armado, no hay cuidado de que ocurra algún accidente, Lesher. Y esta noche, te lo aseguro, no quiero combates.

La mirada de Skidmore abarcó la cabaña. ¿Qué diablos hacía allí Wade? Pero la presencia de la mujer le aclaró su momentánea duda. ¡Bien!, ¡bien! ¿Conque el severo e intachable Wade tenía amores de tapadillo? ¡Cuando en el pueblo se enteraran! ¡Y la mujercita no estaba mal; para él la hubiera querido!

Sonrió, con una voluptuosidad turbia, hinchido de deseo.

Wade, adivinando los pensamientos de su enemigo, explicó lentamente:

—Esta muchacha viene a casa conmigo. Es pura y respetable, ¿sabes?... Es una señora.

—¡Oh, Wade, te desconozco! — dijo riendo—. ¡No va poco pintada la señorita!

—¿No sabes conocer a una dama cuando la encuentras? Vete de aquí, y cuidado con lo que se dice, ¿entiendes?

Cynthia no osaba moverse de un rincón, presa de miedo entre aquellos dos hombres extraños.

—¡Vamos! — prosiguió energicamente Wade, amenazando a Lesher con su revólver—. ¡Fuera de aquí!

—Ya me voy... No te alarmes tanto... Nada diré...

Y siempre encañonado por Murrell, Lesher abandonó la choza, meditando en la dulce aventura de Wade. ¡Con lo que le gustaban a él las mujeres!

Wade, de vuelta a la cabaña, cogiendo bruscamente a la joven, comenzó a rociar con agua clara su rostro cubierto de pintura. Ella protestaba energica, rabiosa.

—¿Está usted loco? ¿Qué se propone? ¡Déjeme, imbécil, paletó!

—No la tomarán a usted por lo que no quiero que sea — contestó con energía el joven—. Nada de pinturas. Es posible que yo sea un paletó, como us-



—Ya me voy... No te alarmes tanto... Nada diré.

ted dice, pero no puedo consentir que usted lleve la cara pintada cuando le presente a mi madre. El rostro, limpio, como el de las mozas del lugar.

Y fué inútil la resistencia de Cynthia. Allí había un amo, y era Wade. Se hacía lo que él mandaba, lo que él quería. La joven sólo tenía que obedecer.

Y fué así como a la mañana siguiente, a pleno sol,

reanudaron la marcha hacia Kentucky. Pero Cynthia parecía otra. Su cara tenía otro aspecto; la piel, libre de pinturas, mostraba la frescura de la salud.

—Ahora me gusta usted aún más — dijo, riendo, Wade.

Ella no contestó. Pero en su alma, la admiración por aquel dominador de mujeres tomaba un estado inicial.

Después de unas horas de camino, llegaron ante la casa de los Murrell. La madre de Wade, una mujer enérgica y dura que fumaba en pipa, aguardaba el regreso de su hijo.

Cynthia, sonriente, preguntábase qué recibimiento le harían en aquella casa, en la que buscaba cobijo.

—Madre — dijo el muchacho —; esta es Cynthia y quiere quedarse unos días con nosotros.

Pero la mujer, sin desprenderse de su continente enérgico, le respondió:

—Lesher Skidmore anda diciendo por todas partes que te has traído a casa una mujer pintada.

Para ella, como para todas las gentes del lugar, una mujer pintada era el mismísimo demonio.

—Ya no se pintará más — dijo Wade —. Ella me ha dicho que es honrada y la creo... Cynthia, vé a saludar a mi madre.

La joven, temblorosa, temiendo ser rechazada se acercó. La señora Murrell vió brillar en los ojos de la muchacha una chispa de tristeza que la conmovió. Y acariciándola suavemente le dijo:

—Creo, como mi hijo, que no eres mala. Pero es mejor que me digas por qué quieres quedarte aquí.

—Oh, señora! Quiero abrirles mi corazón. Uste-

des son buenos para mí y yo no puedo ocultar más mi secreto.

Y entre lágrimas, con un desespero que recluía al evocar la antigua escena, contaba el trágico incidente del Hotel.

—Por eso quierouir... Temo que la policía me persiga. Nadie creerá que yo no lo he matado. Si Jack hubiese vivido se habría casado conmigo. Pero ahora ha muerto...

—¡Pobre muchacha! — exclamó, enterneida la señora Murrell —. Bajo este techo encontrarás abrigo.

—Y en mi brazo, protección, señorita Cynthia — agregó el joven, alegremente.

—¡Qué buenos son ustedes para una pobre como yo! Pero... ¿no llegará aquí la policía?

—¿Aquí? Esté tranquila. Y en último extremo siempre habrá un arma que luchará por usted.

Y desde aquel día la bella Cynthia, muriéndose interiormente por volar a las alegres horas de la ciudad, pero contenida por el miedo a su detención, convirtióse en una campesina más de aquel rincón de Kentucky.

*

**

Durante los días que siguieron, las historias de Lesher referentes a la "forastera" hicieron que Cynthia fuera mal mirada por las gentes del lugar. La envolvía esa nube de hostilidad que las almas cerradas sienten hacia lo nuevo; les parecía que aquella

muchacha que no era como ellos, de una belleza suavizada por el refinamiento de la civilización, les traía algo de la esencia y la vida de la ciudad que odianban.

Pero Wade, en cambio, procuraba rodear de las mayores atenciones a la forastera. Poco a poco, la convivencia con aquella mujer le hacia soñar con la alegre felicidad de que Cynthia no se moviese nunca de allí, formando parte de la casa con el carácter de esposa. Ella iba demostrando que era una persona formal y agradable. Pero la timidez, el miedo a parecer poco para ella, cerraba sus labios.

—Temo que te aburras aquí, Cynthia — le dijo un día —, acostumbrada al brillo de la ciudad.

—Aburrirme?... No; aquí estoy mejor que en mi tierra.

—Bueno... Pero de cualquier forma, aquí estás segura. Mamá y yo te queremos como a...

No se atrevió a acabar la frase. Temía haber dicho demasiado.

Ella la miró fríamente, como si no diera importancia al desasosiego de Wade. Probablemente, su corazón estaba muy lejos de allí.

No todos los individuos de la familia Murrell pensaban como Wade. Lem Murrell, su hermano, desmoraba hacia la forastera una antipatía profunda.

Una tarde, Cynthia se hallaba en el patio dando de comer a las aves de la granja, cuando acercóse a ella con aire misterioso Lem Murrell.

—Tengo curiosidad para ver a usted — le dijo. Ella apartóse, asustada, temiendo alguna agresión.

—Y quisiera verla muy de cerca — añadió riendo y en ademán de estrecharla entre sus brazos.

Pero Wade llegó junto a Cynthia con los puños cerrados y una expresión de odio en la mirada.

—No sé lo que has dicho, Lem, pero dile que te perdone.

—¿Quién te mete en mis asuntos, Wade?

—Quién puede. Pídele perdón.

—No.

—Pues ahora verás... ,

Y le dió un formidable puñetazo que lo derribó. Cynthia miró asustada a Wade y le dijo:

—¡Otra disputa por culpa mía! ¡Oh, Dios! ¡Quizás yo haya traído aquí la guerra!

—No, Cynthia. Lo que pasa es que todo el mundo respetará a usted, porque yo lo mando.

Lem levantóse y comenzó a correr.

La muchacha agradeció la noble actitud de su amigo, tan oportuna y generosa siempre.

Pero aquella noche, Wade recibió noticias de su tribu. Todos los hombres de las cercanías que le consideraban como jefe, llegaban dispuestos a pedir serias explicaciones.

Cynthia, en un rincón, contemplaba temerosa la llegada de los recién venidos, con el miedo de que fueran contra ellos.

Uno de ellos tomó la palabra para decir:

—Si no despachas a esa forastera, nombraremos jefe de esta comarca a otro hombre. Ella ha traído aquí la discordia. Debemos rechazarla todos.

Wade sonrió, mirando irónicamente a los hombres que estaban ante él, firmes y con el fusil en el brazo.

—Estáis haciendo precisamente lo que Skidmore

deseaba que hiciérais cuando empezó a hablar mal de Cynthia.

—Skidmore tiene razón. Esa mujer no es como las nuestras. Trae todo el maleficio de la ciudad.



—Si no despachas a esa forastera, nombraremos jefe de esta comarca a otro.

—¡Cómo os dejáis engañar, amigos!... ¡Siempre Skidmore!... Deseo encontrarme con ese hombre cara a cara. ¡Traidor!...

—¿Y Lem? ¿Por qué le has abofeteado?...

—Ha insultado a Cynthia, y yo no toleraré eso de nadie, ¿entendéis?... De modo que podéis marcharos... Cynthia se queda conmigo hasta que se le antoje...

Los hombres parecían seducidos por la serena actitud de Wade. ¡Demonio! ¿Cómo habían dado oídas a las palabras malsanas de Skidmore?

Pero, repentinamente, la puerta se abrió y apareció ante ellos Lem Murrell, armado de un rifle.

—¡Que ninguno de vosotros dé un paso! Este asunto es entre Wade y yo.

Todos retrocedieron.

Wade, sonriente, quiso calmar la actitud de Lem.

—No te ensucies las manos, Lem. Te di una páliza porque insultaste a una mujer honrada.

—Yo no la insulté... Y tú me ofendiste...

—Ten calma, Lem. ¿No ves que sirves de juguete a las ambiciones de un loco?... ¿Quieres que en nuestra familia resucite la sombra de Caín? Guarda tus armas para nuestros enemigos; no las emplees contra los hijos de una misma madre.

Lem pareció conmoverse. Y los rudos leñadores guardaron también un silencio lleno de pesar. Uno de ellos habló finalmente.

—Señor Murell... Perdónenos... Es verdad... ¿Por qué creemos las mentiras de Lesher?... Y usted, señora, no nos guarde rencor. En lo sucesivo seremos sus defensores.

—Hermano... yo no quería decir nada pecaminoso a la señorita Cynthia... — explicó Lem —. Te aseguro que no volveré a meterme en tu camino.

—Así me gusta oírtе, Lem. Y vosotros, amigos... guardemos nuestras fuerzas para combatir a los que viven de la maldad y de la calumnia... Tengamos para la mujer que llamó a nuestras puertas, el cariño y la protección necesarios.

Todos fueron desfilando, verdaderamente arrepentidos, jurándose no volver nunca a insistir.

—¿Ve usted? — dijo Wade a Cynthia, cuando aquéllos partieron —. Nada debe temer ya de ninguno... Todos la protegerán... ¡Se merece usted tanto!...

—Wade, ¿por qué hace usted todo esto?

Iba a responder el joven: "Porque te amo", pero los escrúpulos de la timidez paralizaron su lengua. La amaba como a la novia ideal, elegida por la providencia.

Al día siguiente, Cynthia recibió una visita que la llenó de estupor. Era Jack Harrison. Sonreía en la puerta, cruzado de brazos, como una aparición del otro mundo...

—¡Jack!... ¡Tú!... ¡No, no!... ¡Dios mío! ¿No habías muerto?

—No tanto, Cynthia... Aunque matarme fuera tu intención, salí con vida del disparo... Y hay hombre para tiempo.

—Pero, ¿es verdad que no estás herido?... Entonces, soy libre... ¡libre!

—¿Qué nerviosa está mi bella asesina!... Estás libre hasta cierto punto... porque te tengo en mi poder.

—¡Jack! ¿Qué dices?... ¿Has sospechado alguna vez de mí?... Te juro que yo no fui quien disparó; fui algo inexplicable, que no atino a comprender.

Wade y su madre escuchaban de lejos la conversación, y el rostro del joven se contraía con arrugas de hondo sufrimiento. ¡Jack vivía! Es decir, el antiguo amor resucitaba, y él, que quería con todo su corazón a Cyuthia, se vería desdénado por aquel hombre de la ciudad.

Jack y Cynthia salieron al patio.

—No me convencen tus palabras — continuó Jack con una sonrisa feroz —. Tal vez convenzan a los jueces.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... nada; que has de seguirme, que serás mía... mía... de nadie más... Te tengo bien sujetta, y regresarás bajo mis condiciones.

—¡No, no!

—Has de elegir; yo o la cárcel. ¿Por qué disparaste contra mí?...

—¿Insistes en ello? ¡Pues entonces, la cárcel!

Wade explicaba a su madre todo el sufrimiento de su corazón...

—Se irá con él... Una vez me dijo que si Jack hubiese vivido se habría casado con ella.

—Sospecho que estás enamorado, Jack. Nada me habías dicho hasta hoy...

—Estoy loco por ella. La adoro, madre.

—¡Pobre hijo mío!

Wade se levantó y salió también, para espiar al recién venido.

Oyó que el forastero decía a la joven:

—Te empeñas en no venir conmigo, ¿eh? Pues bien... Voy a denunciarte ante los tribunales e irás a la cárcel. Porque tú me quisiste matar y yo venía, a cambio de tu amor, dispuesto a perdonarte... ¿Y pagas de este modo mi gesto?... Pues ya responderás ante los jueces.

Wade no pudo contenerse y, furioso, enloquecido de rabia, se acercó y dijo fríamente a Jack:

—Usted perdone, pero Cynthia no irá a ninguna cárcel, señor.

Jack contempló irónicamente a aquel campesino

que se atrevía a intervenir en sus cosas. ¿Con qué derecho?...

Pero, de pronto, un hombre que venía arrastrándose por el camino levantóse y, amenazando por la espalda con un revólver a Wade, exclamó:

—Por fin te has caído, Wade. Esta vez no te escapas.

Murrell volvióse y vió ante él la figura repulsiva de Lesher Skidmore que sonreía siniestramente.

—Conque me insultas, ¿eh?... ¿Conque desacreditas mi nombre ante los vecinos? — prosiguió Lesher—... Bien; no lo harás dos veces... ¡No hay quien me insulte y pueda seguir viviendo!

Jack y Cynthia quedaron paralizados por la sorpresa. Wade miró despectivamente a su rival, en cuyo semblante estaba retratado el odio más feroz.

—Eres un buen chico — dijo riendo Lesher—, y te daré tiempo de rezar antes de despacharte... Conque, arregla tus cuentas con Dios... Te quedan dos minutos de vida.

—Cuidado, Lesher — respondió Wade—; piensa que aun puedo hacerte daño.

—¡Ja, ja, ja!... No pierdas tiempo... Reza... bruto... Vas a morir...

Su revólver apuntaba su pecho y la bala le atravesaría el corazón. Wade se consideró perdido... Nada podía hacer... Al más leve movimiento sería acribillado a balazos. Lanzó una última mirada a Cynthia y se resignó a morir... Era dolorosa la muerte, pero moriría por el buen nombre de la mujer amada.

Una mirada de angustia se retrató en los ojos de Cynthia. Allí iban a matar a un hombre, con toda

la brutal sangre fría de los más refinados criminales.

—¿Has rezado ya?... A la una... a las dos...

Pero Jack, que contemplaba con repugnancia la escena, no pudo resistir al llamamiento enérgico de su conciencia. Y metiendo la mano en uno de los bolsillos de su americana disparó contra Lesher, que se desplomó al suelo instantáneamente, sin exhalar un grito. La bala había partido su corazón.

Guardaron todos un momento de silencio. Jack estaba horrorizado por su obra que le convertía en un asesino... Cynthia contemplaba a Harrison con una mirada de admiración y de terror. Wade pareció volver de su estupor, y con los ojos fijos en aquel hombre de la ciudad que acababa de arrancarle de brazos de la muerte, exclamó:

—Le estoy muy reconocido, señor... pero Cynthia no irá con usted si no quiere.

Jack respondió, como avergonzado por su anterior dureza:

—No quiero obligar a Cynthia... La dejaré hacer... Ahora lo que me conviene es evitar comentarios sobre esto.

Y señaló el cadáver de Lesher.

Había llegado al grupo la madre de Wade, fusil en mano. Al ver al muerto, retrocedió asustada.

—El señor nos ha librado de ese malvado — explicó su hijo—. Ahora nosotros estamos obligados a protegerle... Voy a buscar mi mula...

A poco trajo la caballería y Wade y su madre cargaron el cadáver sobre la bestia.

—Vamos a explicar a nuestros vecinos lo que ha pasado aquí — añadió—. Despues enterraremos el muerto... Pero nada tiene usted que temer... Puede

salir usted de estos montes en cuanto anochezca... Y usted, Cynthia, si se va, adiós también...

La joven no contestó, aturdida por las emociones continuas. Wade y su madre desaparecieron con su carga macabra, y los dos antiguos novios quedaron mirándose con extrañeza, como si no reinara entre ellos una tan dulce intimidad.

Cynthia entró en la casa, encerrándose en su cuarto, y Jack quedóse en el comedor, aguardando la decisión de su novia. No le convenía permanecer allí; podían detenerle como asesino; era necesario volver cuanto antes a la ciudad.

Al atardecer, regresaron Wade y su madre. Venían con aire melancólico, después de haber cumplido un penoso deber, pero con la conciencia tranquila y pura de las gentes honradas.

—Madre... Esta noche marcharán ellos... Y esta casa, sin Cynthia, me parecerá muerta...

—No pienses más en ella, hijo mío... Piensa que hay otras mujeres más interesantes y de historia menos turbulenta que Cynthia.

—Me interesan poco.

Cynthia había vuelto a reunirse con Jack y éste, próximo a partir, le pintaba con inflamados colores el poder de su cariño.

—Cynthia... No te lo había dicho nunca... Y ahora te hablo con sinceridad: quiero casarme contigo...

—¿Tú?... — exclamó emocionada la muchacha. — No me decías eso antes... ¿Es verdad, ahora?

—Te lo juro. Me casaré en seguida...

Un sentimiento de felicidad pareció apoderarse de la joven... Pero recordó a Wade que tan bien se había portado con ella, y dijo:

—¿Cómo marcharme de aquí si estas gentes me quieren tanto?...

—No te preocunes por ellos... Tú no has nacido para vivir en una cueva... Acuérdate de nuestros días alegres de Nueva York... Del Ritz... de los bailes. Anda, vistete deprisa, que te volveré al Broadway...

La evocación de la pasada felicidad pareció conmover con su fácil espejismo a Cynthia, quien olvidándose de todo lo presente respondió:

—Espérame... Marcharemos juntos... Sí, yo he nacido para la ciudad, para mi arte...

—Vistete en un momento... Saldremos pronto.

Ella fué a su cuarto y Jack llamó a Wade para que le preparase dos caballos. Iban a marchar aquella noche...

—Y ¿Cynthia marcha con usted? — preguntó, con ansiedad, el campesino.

—Naturalmente.

—¿Y ella está conforme?

—Claro que sí... Vamos a casarnos mañana en Virginia...

Parecía increíble... Una sonrisa de desconsuelo se retrató en el rostro de Wade.

—Bien — dijo —. Ensillaré mi caballo y le presentaré la mula para ella.

—¿Hay algún peligro?... ¿Qué se dice por ahí de la muerte de Lesher?...

—Nada. Esté usted tranquilo... No tema... Dije que había hallado la muerte cuando trataba de matarle; y como le conocen, saben que nada malo se ha perdido... Nadie le molestará...

Cynthia se vestía prestamente en su cuarto. Pero una nueva emoción, al despedirse por última vez

de aquellas paredes, la turbaba con honda melancolía... Quizás se había precipitado al aceptar a Jack... Miró a la ventana... El paisaje perdía sus líneas bajo el manto nocturno... Algunas estrellas brillaban en la mansa paz del cielo... Ya no viviría más aquellas noches de silencio... En el patio vió a Wade que ensillaba las bestias... ¡Pobre hombre!... ¡Tan bueno que había sido!... ¿No sufriría mucho al verla desaparecer?... Por otra parte ¿estaba ella segura del cariño de Jack?... Le amenazó con entregarla a la justicia... y recordaba que nunca anteriormente la había hablado de casarse... ¿No sería todo una baja combinación para llevarla a Nueva York y abandonarla luego en la vorágine aterradora de la gran ciudad?

¡Oh, no!... Había gustado la vida del campo, y la protección honda, constante y fuerte de un hombre de los montes... ¿Por qué dudar? Se quedaría allí aunque Harrison se enfadase.

Bajó decidida, más alegre que nunca.

—Jack... Creo que aquí hay algo que me interesa mucho más que Broadway... No puedo marcharme... Mi deber está aquí, permanecer con él... Tú no me amas... tú me abandonarás el mejor día...

—¡Por Dios, Cynthia! ¿Por qué dices eso?... No, no, tú vendrás conmigo.

—No te duela, Jack, pero no es posible. Vete solo. Y no cometas contra mí ninguna represalia... Eres noble, salvaste la vida de Wade... Conservarás mi agradecimiento y mi amistad... Más no puedo darte...

Jack guardó silencio. En su corazón comenzaba a florecer el milagro del buen sentido. Sí; con su es-

túpida conducta anterior había perdido el cariño de esa criatura. Debía dejarla.

—No puede poseerse todo en esta vida. Lo siento en el alma, Cynthia, porque ahora comenzaba a amarte. Pero... no quiero estorbarte... Adiós.

—Gracias, Jack.

El elegante neoyorquino salió al patio, y montando a caballo, después de dar una última mirada a su amiga, se perdió en las sombras, acuciando a la bestia con la fieraza de sus espuelas...

Cynthia quedó sola en el patio, bajo la caricia de la noche que extendía sus joyeles de luz... Buscó a Wade y lo encontró melancólico, soñando con la felicidad perdida.

—¿Tú aquí todavía, Cynthia?... ¿No te has marchado con él?... Acabo de oír las pisadas de un caballo.

—No, Wade. Yo me quedo aquí, si túquieres... Esto es mi verdadera vida...

—Cynthia, Cynthia... ¿No me engañas?... ¡Oh, amor mío!

—Te lo prometo... tú solo vives en mi corazón... Y con los labios unidos, proclamaron la victoria de su amor, bajo la sonrisa del cielo.

FIN

*Con esta novela, exija usted la postal-obsequio de
ALICE JOYCE*

Se agota la edición de

La Novela Semanal Cinematográfica

EDICIONES ESPECIALES

La Viuda Alegre

—
¡Éxito formidable!
—

96 páginas—16 páginas de fotografados. Portada a tricromía.

¡Asunto altamente simpático!

Pida y recomiende

La Viuda Alegre

—
¡Es un acierto!
—

